

LOS PUENTES DE VIRGINIA WOOLF: PUNTO DE VISTA Y EPISTEMOLOGÍA DE LAS *OUTSIDERS* EN *TRES GUINEAS**

ARÁNZAZU HERNÁNDEZ PIÑERO
Universidad de Zaragoza

En este trabajo, analizo la figura del puente y su papel clave en la argumentación de Woolf en *Tres guineas*. Explicaré que el puente simboliza la noción de punto de vista elaborada por la autora: una perspectiva situada y diferenciada construida a partir de las experiencias de las mujeres. Sostendré que la diferencia de experiencia configura un punto de vista distinto del hegemónico que proporciona unos saberes otros, los saberes de las *outsiders*. Como consecuencia, los dilemas irresolubles desde el punto de vista dado pueden resolverse si son enfocados desde la perspectiva de las *outsiders*, lo cual tiene implicaciones epistemológicas y axiológicas. Asimismo, expondré que estas ideas las reencontraremos décadas después en el feminismo contemporáneo, tanto como legados reconocidos como mediante afinidades inexploradas. Por último, apuntaré afinidades temáticas y metodológicas entre el planteamiento de Woolf, las epistemologías feministas anglosajonas y las de las mujeres radicales de color en Estados Unidos.

PALABRAS CLAVE: punto de vista, epistemología, diferencia, feminismo, valor.

Virginia Woolf's Bridges: Point of View and Epistemology of the Outsiders in *Three Guineas*

In this paper, I analyze the figure of the bridge and its key role in the development of Woolf's arguments in *Three guineas*. I will argue that the bridge symbolizes the notion of point of view elaborated by the author: a situated and differentiated perspective constructed from the experiences of women. I will argue that a different experience results into the construction of a non-hegemonic, different point of view that provides an "other" knowledge, the knowledge of outsiders. As a consequence, the unsolvable dilemmas as seen from the dominant perspective can be resolved if they are approached from the perspective of outsiders, which has epistemological and axiological implications. I will also argue that these ideas are to be found decades later in contemporary feminism, both as acknowledged legacies and through unexplored affinities. Finally, I will showcase thematic and methodological affinities between Woolf's approach, Anglo-Saxon feminist epistemologies and those of radical women of color in the United States.

KEY WORDS: point of view, epistemology, difference, feminism, value.

* Agradezco a las estudiantas y los estudiantes de los cursos 2015-2016, 2016-2017, 2017-2018 y 2018-2019 que participaron en el seminario sobre *Tres guineas*, en el marco de la asignatura "Textos y problemas de la filosofía feminista", las ideas, discusiones y preguntas compartidas. De ellas se nutre el presente trabajo.

Virginia Woolf había trabajado el punto de vista en sus novelas desde la década de los veinte a través de la experimentación con la multiplicidad de perspectivas y la simultaneidad de las voces (Woolf, 1994, 2016). En *Tres guineas*, publicado en 1938, experimenta con la forma ensayística y juega con la pluralidad de puntos de vista que había cultivado en sus novelas. Como argumentaré a continuación, Woolf elabora en *Tres guineas* una perspectiva situada y diferenciada a partir de la experiencia de las mujeres, en tanto que *outsiders*, lo que le permite articular unos valores y saberes distintos.

Tres guineas está escrita a modo de carta: constituye la respuesta a la misiva de un hombre, descrito como culto y profesionalmente exitoso, quien le habría preguntado a quién redacta la carta cómo, en su opinión, sería posible evitar la guerra. El remitente, además de pedirle su opinión, le pide firmar una carta dirigida a los periódicos, ingresar en una asociación cuyo fin es defender la libertad, la cultura y la paz, y contribuir a sus fondos. Woolf entrelaza la respuesta a esta primera carta con la contestación a otras dos: una, de la tesorera de un colegio universitario para mujeres en la que le solicita una donación para su reconstrucción y otra, remitida por la tesorera de una asociación que apoya la incorporación de las mujeres a las profesiones. Por medio de las respuestas a estas tres cartas, respuestas que se convierten en el largo ensayo que es *Tres guineas*, la autora vincula la posibilidad de evitar la guerra con el apoyo a la educación de las mujeres, así como con su entrada en el mundo profesional. Woolf estima que la contribución de las mujeres para evitar la guerra consistiría en que ejercieran su influencia en aquellos campos en que les fuera posible hacerlo gracias a “la opinión independiente basada en ingresos independientes” (Woolf, 1999: 75).

Ahora bien, el ingreso de las mujeres a la educación formal y a las profesiones plantea un difícil dilema. Resumiré la argumentación de Woolf al respecto. Por un lado, el acceso a la educación universitaria sigue vedado a las mujeres cuando escribe la autora. Por el otro, las profesiones, a las que ellas acaban de incorporarse en Inglaterra (en 1919), no parecen favorecer el rechazo a la guerra, sino, más bien, lo contrario: el espíritu competitivo, el ansia de posesión y la vanidad son valores que la educación y las profesiones fomentan y en ellos reside el germen de la guerra. Una de las grandes audacias de Woolf consiste en mostrar cómo los valores de competitividad, posesión y vanidad se articulan en la construcción de un tipo de masculinidad específica: la virilidad, que halla en la violencia y en la guerra una forma de expresión. En consecuencia, no duda en afirmar que en este tipo de educación, al igual que en el carácter instrumental, corporativo y jerárquico de las profesiones reside la semilla del dictador. Sin ambages, les dice a sus coterráneos, tanto a los que quieren hacer la guerra contra el fascismo como a quienes desean luchar contra él de modo pacífico, que la ideología fascista se encuentra en

Inglaterra, entre ellos: en ellos, en todos aquellos que niegan a las mujeres una educación formal y acceso al mundo profesional (1999: 96-97).¹

Entonces, si la educación y las profesiones no solo no evitan la guerra, sino que, en buena medida, la incitan, es razonable pensar que, si las mujeres reciben el mismo tipo de educación y desempeñan los mismos empleos de la misma manera en que lo han hecho los hombres hasta ese momento, los resultados serían idénticos y, por tanto, en nada contribuiríamos a evitar la guerra. Sin embargo, no recibir educación y no tener acceso a tales trabajos resulta una opción igualmente indeseable, pues, parafraseando a Woolf, encierra a las mujeres en la inanidad, la inmoralidad, la hipocresía y el servilismo del hogar. Asimismo, esta vía se ha mostrado ineficaz para evitar la guerra (1999: 71-73). Parece que nos situamos ante un espinoso dilema (129). ¿Cómo aborda la autora este dilema?

En el presente trabajo, propongo aproximarnos al dilema woolfiano a través del análisis de la figura del puente. Sostengo que el puente constituye el punto de vista desde el que Woolf construye la perspectiva de las *outsiders* y a partir del cual se sitúa, mira y juzga. A fin de argumentarlo, analizaré, primero, cómo Woolf maneja la noción de punto de vista y elabora una perspectiva situada y diferenciada a partir de las experiencias de las mujeres. En segundo lugar, examinaré la figura del puente y lo que simboliza. Por último, explicaré el modo en que Woolf construye los saberes de las *outsiders*, su papel en la resolución del dilema planteado así como sus implicaciones epistemológicas y axiológicas.

Los puntos de vista y el mundo común

Virginia Woolf aborda el interrogante de cómo evitar la guerra desde una perspectiva situada. La autora empieza a configurar dicha perspectiva desde las primeras páginas del texto mediante un ágil paso de la primera persona del singular a la segunda persona del plural. Así, la pregunta, “¿cómo podemos evitar la guerra, en su opinión?” (1999: 7), dirigida a un usted mujer (la narradora ficcional de *Tres guineas*), es respondida a través de la presentación de un nosotras (Woolf, 1999: 9-10; Black, 2004: 77-79).

La novedad de esta perspectiva es tal que requiere la invención de un nombre: “las hijas de los hombres con educación”. Las diferencias en el acceso a la educación formal, los recursos materiales y las condiciones de vida de hijos e hijas de la

¹ En *Un cuarto propio* (1929), Woolf ya había esbozado esta relación entre masculinidad y fascismo (2003: 61-65, 139). En “Pensamientos de paz durante un ataque aéreo”, escrito en agosto de 1940, se refiere, citando a Lady Astor, a “un hitlerismo subconsciente en el corazón de los hombres” (2010: 31). La respuesta de Woolf entrelaza feminismo y pacifismo al delinear las condiciones y los aportes feministas para una cultura de la paz; por ello podemos inscribir esta obra en la tradición de la literatura de mujeres sobre la paz (Bea y Fernández, 2017).

clase culta son tan profundas que no pueden ser designadas con el mismo término sin cometer un grave error. La categoría social “burguesía”, observa Woolf, no es aplicable a las mujeres: su relación con “dos características principales de la ‘bourgeoisie’: el capital y el ambiente” es “profundamente diferente” de la de sus hermanos, quienes sí caen bajo esta noción (1999: 12; nota 2). Habría, por tanto, dos clases: “los hombres con educación” y “las hijas de los hombres con educación”. La narradora se ubica en esta última clase y se dirige, de manera particular, a ella. Esta es la posición desde la cual Virginia Woolf elabora el punto de vista que desarrolla en *Tres guineas*. El cuestionamiento de la neutralidad de los hechos y la ruptura del supuesto de la pertenencia a una *misma* clase constituyen, a mi juicio, las primeras consecuencias de este punto de vista diferenciado.

Nuestra autora describe la distancia entre hombres y mujeres que parecen pertenecer a la misma clase en términos de “abismo”, de una “separación” que es calificada de “profunda y abrupta” (9). La magnitud de esa separación es tal que duda tanto de la posibilidad de comunicación como de la de comprensión (12-18). Pese al importante papel que Virginia Woolf concede a las biografías, las autobiografías, los periódicos y la imaginación a la hora de ampliar nuestro punto de vista, la escritora sostiene que la vía de la comprensión fracasa y desestima igualmente la viabilidad de postular un “punto de vista absoluto” (18).

A lo largo de la obra, los hechos son mostrados desde diferentes perspectivas. Estos hechos nos hablan de un mundo compartido —“un mismo mundo” (33)— configurado por puntos de vista distintos. La autora expone diferentes opiniones entre los hombres, unos a favor y otros en contra de la guerra, visiones diversas por parte de las mujeres a las que añade el punto de vista de las hijas de los hombres con educación. Ahora bien, si, como reconoce Woolf, entre los hombres y entre las mujeres encontramos perspectivas plurales, ¿qué le permite generalizar y presentar dos puntos de vista, el de los hombres con educación y el de las hijas de los hombres con educación? Ello se debe a la constatación de la existencia de un punto de vista mayoritario y hegemónico, generador de una “avasalladora unanimidad”, que afecta más a los hombres de todas las clases sociales que a las mujeres (17), dado que estas obedecen al patriotismo y las lealtades por él exigidas, de las cuales las mujeres están excluidas.

Pero, si no hay punto de vista absoluto ni “certeza en los cielos ni en la tierra” (19), ¿qué se puede hacer? ¿Hemos de colegir que la guerra es inevitable? ¿Es posible aún contestar a la pregunta de cómo evitar la guerra?

Me resulta significativo que, tras esta argumentación y su conclusión sobre la inexistencia de una certeza absoluta, Woolf nos invite a cambiar el enfoque: en lugar de tratar de responder por medio de “la comprensión de las razones, emociones y lealtades que inducen a los hombres a ir a la guerra” (18), resuelve

considerar “las propuestas prácticas” (21).² Woolf discrepa del abogado, el remitente de la primera carta, con respecto a los métodos a emplear para contribuir a evitar la guerra. Nuestra pensadora sostiene que el “método activo” (21) que las hijas de los hombres con educación pueden adoptar es el de la influencia nacida de la libre opinión basada en la independencia económica. Woolf plantea la problemática como sigue:

[...] si no hay diferencia alguna con respecto a los hombres que se ganan la vida, esta carta debe terminar; ya que, si el punto de vista de ustedes es el mismo que el nuestro, deberemos añadir nuestra moneda de seis peniques a su guinea, seguir sus métodos y repetir sus palabras. Pero, por fortuna o por desdicha, lo anterior no es verdad. Las dos clases todavía son enormemente diferentes. (31-32)

Así pues, los términos “hombres con educación” e “hijas de los hombres con educación” designan dos posiciones sociales desiguales; desigualdad que produce diferencia. Estas posiciones sociales están constituidas por hechos sólidos —como los denomina, no sin ironía, Virginia Woolf— que articulan visiones diferentes y contrastantes del mundo. Podríamos considerar que nuestra pensadora desarrolla “un pluralismo epistémico de primer nivel”, esto es, un “tipo de pluralismo que reconoce la existencia de muy distintas perspectivas acerca de un mundo compartido” (Fricker, 2001: 177).³ Hallo sintonía entre el planteamiento de Woolf y esta definición. Según Miranda Fricker, este es un pluralismo “capaz de respetar la idea cotidiana —cuya expresión teórica feminista da origen a la teoría de la perspectiva— de que las diferencias sociales dan lugar a diferencias en las perspectivas en las que se ve el mundo”. Al mismo tiempo, esta concepción permite analizar cómo interviene el poder en la determinación de qué perspectivas son consideradas racionales y quiénes las sustentan (178). De modo que la relación entre experiencia, poder, punto de vista y conocimiento no es solo apuntada, sino exhaustivamente analizada en *Tres guineas*.

A través del examen de la denegación del acceso a la educación, la propiedad y la libertad de movimiento, Virginia Woolf identifica dos puntos de vista e indaga pormenorizadamente las consecuencias de tal diferencia. A partir de la posición social sexuada, se articula un “nosotras” y un “ustedes”: “este ‘nosotras’ significa una unidad integrada por cuerpo, cerebro y espíritu, sometida a la influencia del

² Este cambio de enfoque está relacionado con el papel de las fotografías de los horrores de la guerra y de la emoción positiva que despiertan (Woolf, 1999: 9-21). Remito al estudio de Encarnación Ruíz (2014), aunque no concuerdo con su interpretación.

³ Sobre el valor epistemológico de la experiencia ordinaria en Woolf, véase Banfield (2000).

recuerdo y las tradiciones” mientras que “ustedes” remite al conjunto de “cuerpo, cerebro y espíritu” que “han sido diferentemente educados y son diferentemente influenciados por recuerdos y tradiciones” (33). La diferencia entre estos dos puntos de vista condiciona no solo la valoración y la elección de los métodos, sino la noción misma de método:

Pese a que vemos un mismo mundo, lo vemos con ojos diferentes. Toda ayuda que nosotras podamos darles será diferente de la ayuda que ustedes se dan a sí mismos; y quizás el valor de nuestra ayuda radique, precisamente, en esa diferencia. (33)

¿En qué consiste, pues, la diferencia? Cabría afirmar que esta radica en una cuestión de punto de vista así como de posición, como Woolf parece sugerir. La diferencia guarda relación con el conjunto de experiencias que configura la subjetividad de las mujeres a partir de su posición social desigual con respecto a los hombres de su pretendida *misma* clase. La escritora propone indagar en este conjunto de experiencias que, junto con las nuevas posibilidades abiertas por las mujeres para su desarrollo profesional, conforma un lugar desde donde mirar que proporciona una visión distinta. Esta es la idea de punto de vista que Virginia Woolf trabaja a través de la figura del puente. Las mujeres ya no se sitúan solo en el ámbito privado, sino que transitan al ámbito público: se hallan en un *entre*, entre el mundo privado y el mundo público, simbolizado por la figura del puente, que les permite ver este último desde otro ángulo, conformar otra mirada. Esta perspectiva implica también movilidad: la de una mujer que se mueve por la ciudad, va y viene de un puente a otro, pasea, callejea y observa (Maldonado, 2009: 82-95).

Tal ángulo posibilita analizar el mundo público desde una cierta extrañeza, una cierta ajenidad, como trataremos en el próximo apartado, a la que la autora se refiere con la palabra *outsider*. Encaminémonos, pues, hacia el puente.

El puente: la importancia de la perspectiva

La figura del puente opera como el lugar desde donde situarse, mirar y juzgar. El lugar en el que se colocan las hijas de los hombres con educación y desde el cual otean el mundo público tal y como había sido constituido hasta ese momento: el mundo público masculino-patriarcal de los hombres con educación. La figura del puente simboliza, en consecuencia, la perspectiva que Woolf construye y a partir de la cual se ubica, escudriña y evalúa el mundo. ¿Qué papel juega el puente en el razonamiento woolfiano?

Para abordar este interrogante, quiero llamar la atención sobre cuatro pasajes de *Tres guineas* en los cuales aparece la figura del puente: la primera y la segunda aparición las hallamos en el curso de la dilucidación sobre la diferencia entre

hombres y mujeres. El puente comparece por tercera vez cuando Woolf inicia su análisis acerca de las universidades, y reaparece por cuarta vez en la exégesis de las profesiones. Veamos cada una de ellas.

Cuando la autora explica el abismo que separa a hombres y mujeres, así como sus causas y efectos, sostiene que la diferencia con respecto a la propiedad, la educación y el ambiente configura la distinta percepción y vivencia del mundo por parte de unas y otros. Las dos primeras referencias al puente aparecen en el preludio y en el final de esta argumentación, auténtica clave de bóveda de su planteamiento:

Las puertas de las casas privadas se abrieron [...]. [Q]uizá podamos ver a la hija del hombre con educación en el momento de salir de las sombras de la casa privada, y situarse en el puente que media entre el viejo y el nuevo mundo, y preguntar, mientras hace saltar la sagrada moneda en la palma de la mano: “¿Qué hago con ella? ¿Qué veo, gracias a ella?”. Podemos aventurar que gracias a esta luz veía de manera diferente cuanto miraba. (29-30)

Unas páginas después, tras haber formulado una de sus principales tesis, que el valor de la ayuda de las mujeres en la tarea de evitar la guerra radica en su diferencia, Virginia Woolf nos vuelve a situar en un puente: “pongamos ante usted una fotografía de su mundo, tal como lo vemos nosotras”, escribe dirigiéndose al abogado, “que lo contemplamos [...] desde el puente que une la casa privada con el mundo de la vida pública”. Y prosigue: “Su mundo, el mundo de las profesiones, de la vida pública, visto desde dicho ángulo, parece raro” (34).

La tercera alusión al puente aparece al comienzo de su análisis de la educación universitaria, a luz, por una parte, de la pregunta del abogado sobre cómo evitar la guerra y, por otra, de la petición de apoyo económico para la reconstrucción de un colegio universitario femenino de la mano de la tesorera del mencionado colegio:

[...] vayamos a otro puente sobre otro río, ahora, en una de las grandes universidades, ya que las dos tienen río, y los dos ríos tienen puentes en los que podemos situarnos. Una vez más, qué raro aspecto tiene este mundo de cúpulas y agujas, de aulas y laboratorios, desde el punto en que lo contemplamos. Cuán diferente es el aspecto que para nosotras tiene comparado con el que ha de tener para ustedes. (41-42)

El puente comparece, por cuarta vez, en el curso de la exégesis del mundo de las profesiones y es el lugar desde donde Woolf observa el “desfile de los hijos varones con educación”, alegoría de la (in)civilización patriarcal: “Ahí, al alcance de

la mano, tenemos un puente sobre el río Támesis, admirable plataforma para esa inspección” (108).

En todas las ocasiones, la figura del puente juega un papel central en la argumentación: es el lugar desde el que se tiene una perspectiva que permite ver y juzgar de una manera diferente. En su primera aparición, el puente simboliza el lugar de enunciación. En el segundo caso, representa la mirada que permite observar el mundo público masculino-patriarcal sin dejarse impresionar ni deslumbrar por su espectacularidad, pomposidad y ceremoniosidad. El puente es el lugar desde el cual es posible considerar que el mundo de las profesiones y el mundo público en su conjunto “parece raro” (34) y, finalmente, juzgar que “para nosotras” no constituye “un espectáculo tan impresionante”, sino más bien “un espectáculo ridículo, bárbaro y desagradable” (38). El valor simbólico de las vestimentas y ceremonias es magnífica y ácidamente analizado por Virginia Woolf. Este cambio de valoración, de impresionante —“A primera vista es tremendamente impresionante” (34)— a “ridículo” se debe a esta perspectiva que combina distancia y ajenidad. La autoridad se pone en juego aquí: la autoridad masculina-patriarcal se crea y recrea a través de estas ceremonias, y el descrédito al que las somete Virginia Woolf al, primero, hacerlas visibles y, después, presentarlas como ridículas supone un agudo y radical cuestionamiento de la autoridad masculina-patriarcal.

¿A qué me refiero cuando afirmo que Virginia Woolf desacredita las ceremonias y, por lo tanto, la autoridad masculina-patriarcal que estas representan al hacerlas visibles? ¿Acaso tales ceremonias no resultan bien visibles? ¿Acaso no las ha calificado de espectaculares? Sí, es cierto. Y es un efecto de su perspectiva. El análisis que efectúa nuestra pensadora nos invita a preguntarnos por las condiciones de la visibilidad: ¿qué se hace visible a nuestros ojos y de qué manera? En su reflexión acerca de la vestimenta y sus significados apunta a la relación entre (in)visibilidad y poder en términos del “poder hipnótico propio del ejercicio del dominio” (34; nota 16). Siguiendo a Woolf, la posición de privilegio de los hombres les produce ceguera: por ejemplo, no perciben “la singularidad de su atavío”.⁴ Quienes están en la posición de privilegio consideran que esta es neutral, no marcada, no específica: su “singularidad” les resulta “totalmente invisible” (35; nota 16). A partir de la década de los setenta, la teoría feminista, las teorías antirracistas y los estudios poscoloniales han desarrollado ampliamente esta cuestión que han denominado “ceguera del privilegio”. El privilegio genera ceguera puesto que quienes ocupan tal posición la consideran neutral. La neutralidad aparece como signo del grupo dominante (Young, 2000). “¿[C]uál es la gradación de prestigio social que produce ceguera [...]?”, se pregunta Woolf (35; nota 16). La autora, gracias a la

⁴ Recordemos que nuestra escritora relata el caso de la señora Frankau, a quien un juez reprende a causa de su atuendo, y Woolf ironiza acerca del juez.

perspectiva que nos ofrece, nos ayuda a ver lo que tenemos delante, ya que tal cosa, en absoluto, resulta obvia.

En los casos de la educación y las profesiones, la figura del puente y el cambio en la valoración operan del mismo modo: aquello que inicialmente pide ser admirado, venerado y obedecido se convierte, en el curso de la argumentación de Woolf y por obra de la perspectiva de la ajenidad que ella elabora, en lugares nada recomendables. Así, las inicialmente deslumbrantes ceremonias del mundo público, “los nobles pabellones” y “sagrados edificios” (12) se tornan, analizados con la distancia adecuada, en ceremonias desagradables e instituciones de “incómodo vivir” (62). Bien visto, valga la expresión, “cuando nuestra vista se ha recobrado de los efectos del deslumbramiento” (36), el mundo público no resulta tan formidable ni tan deseable.

El puente, en suma, simboliza la perspectiva, la diferencia y la ajenidad. La diferencia guarda relación con el conjunto de experiencias que configura la subjetividad de las mujeres a partir de su posición social desigual con respecto a los hombres de su pretendida *misma* clase. La escritora indaga en este conjunto de experiencias, nuevas y antiguas, procedentes del ámbito privado, público y de ambos, que generan conflictos y dilemas. En ellas, sin embargo, no ve solo exclusión y subordinación. En estas experiencias encuentra un punto de vista y una sabiduría distintas: los saberes de las *outsiders* o las cuatro grandes maestras de las hijas de los hombres con educación. De ellas me ocuparé en el siguiente apartado.

Para no arrojarnos del puente al río: los saberes de las *outsiders*

Las cuatro maestras de las hijas de los hombres con educación son la pobreza, la castidad intelectual, la burla y “la libertad con respecto a las lealtades irreales” (Woolf, 1999: 139-140). Recordemos que Woolf expone las cuatro maestras y las formula como condiciones para el ejercicio de las profesiones (139-143). Ahora bien, ¿de dónde proceden? ¿Qué papel juegan en la argumentación? Proviene de la vida de las mujeres del siglo XIX, a quienes es preciso saber ver y escuchar: “debemos reunir las, y reunir sus vidas, [...] y permitir que comuniquen su mensaje a quienes tienen tiempo para extraérselo e imaginación para descifrarlo” (138). Estos tesoros de sabiduría nos los revelan las biografías y autobiografías, las cuales le permitirán forjar una *episteme* capaz de responder a los dilemas planteados al inicio de este trabajo.

Volvamos al dilema entre la incorporación de las mujeres a las profesiones y la posibilidad de evitar la guerra. Dirigiéndose a la tesorera de la asociación para el acceso de las mujeres a las profesiones, y ante el dilema expuesto en este mismo párrafo (la esclavitud del hogar o la esclavitud del capitalismo), Woolf escribe con desesperación y abatimiento: “Es una alternativa en la que tenemos que escoger entre dos males. ¿No sería mejor que nos arrojáramos del puente al río?” (129).

Pero, pese a la desesperación y el abatimiento, Woolf se detiene un instante y nos propone valorar otra opción: “Quizás esa otra solución esté ante nosotras, ahí, en las estanterías de su biblioteca, y, una vez más, en las biografías”. Y señala: “En esta ocasión, no recurramos a vidas de hombres, sino a vidas de mujeres del siglo XIX” (130), “[a] las biografías de aquellas que tuvieron biografías” (141), pues muy pocas las tuvieron, cuestión sobre la cual también reflexiona nuestra autora.

Contar y tomar en cuenta la vida de nuestras antepasadas autorizará a Virginia Woolf a ofrecernos una salida creativa al dilema ante el que nos hallábamos. En la búsqueda de otra manera de actuar y pensar, con el ánimo creativo de experimentar, nuestra autora recurre a las vidas de las mujeres pasadas articulando una poderosa e inspiradora “genealogía de mujeres”, como la denominará décadas más tarde la filósofa Luce Irigaray (1985). El recurso a las vidas de nuestras antepasadas constituye, a mi juicio, un magnífico ejemplo de la manera en que la escritora dispone el conjunto de experiencias que ha configurado la subjetividad de las mujeres y lo hace actuar para ofrecer elementos que posibiliten constituir otro mundo, no en el futuro, sino aquí y ahora. ¿Cómo? Reconociendo los saberes de la “educación gratuita” o “educación hogareña” y poniéndolos en juego en el mundo público:

[...] al considerar las vidas de nuestras madres y abuelas carentes de educación, no podemos valorar la educación solamente en méritos de su poder de “conseguir cargos”, merecer honores, ganar dinero. Si somos honestos, debemos reconocer que algunas mujeres que no tuvieron educación de pago, ni sueldos, ni cargos, fueron seres humanos civilizados [...] y, en consecuencia, debemos asimismo reconocer que sería extremadamente insensato desechar los resultados de esta educación o prescindir de los conocimientos obtenidos gracias a ella a cambio de cualquier soborno o distinción. (141-142)

Mediante este audaz giro, Woolf convierte lo que había aparecido como una falta de tradición en los indicios de otra, una tradición femenina, fuente de libertad: “libertad con respecto a lealtades irreales” (140). Esta libertad nace, precisamente, de “la falta de derechos y privilegios”, es decir, “la libertad con respecto a las lealtades a viejas escuelas, a viejas universidades, a viejas iglesias, a viejas ceremonias, a viejos países” (140). Debido a la exclusión de las mujeres de estas instituciones y ceremonias, del mundo público así configurado, las mujeres se hallaban en una cierta posición de no pertenencia, en un cierto lugar de extrañeza, en una cierta ajenidad. Es esta posición de no pertenencia a la par que la sensación de ajenidad la que abre la posibilidad de brindar nuevos valores y formular condiciones para la rearticulación del mundo común aquí y ahora. Por esta razón, Woolf califica a las hijas de los hombres con educación como *outsiders*, término que ha sido traducido al castellano de diversos modos: extrañas, ajenas, marginadas. He

preferido dejar el término en inglés y trabajar con los sentidos de extrañeza y ajenidad, en la línea de las pensadoras italianas y catalanas de la diferencia sexual. La escritora caracteriza tal condición a partir de la original figura de la “Sociedad de las extrañas” (*Society of Outsiders*) (1999: 186). No obstante, examinar tal figura excede los límites de este artículo.⁵

Asimismo, nuestra autora trastoca el sentido del valor y nos hace reflexionar acerca de qué consideramos valioso. Woolf le otorga valor a aquello que había quedado invisibilizado y desvalorizado por la mirada masculina-patriarcal y los valores masculino-patriarcales. Aquello que encuentra valor, reconocimiento y gratitud es la vida de las mujeres. A pesar de que “hay una laguna”, que parece que “[n]o hay vidas de mujeres profesionales del siglo XIX” (130), la pensadora no cesa en su empeño y encuentra, “avanzando a tientas”, recogiendo “aquí y allá desperdigados indicios” de las vidas de las mujeres (131). Un trabajo arduo, minucioso y paciente al que se entrega con maestría. En palabras de Liliana Rampello, “se trataba de saber ver la vida no registrada de muchas mujeres” (2009: 204). Se trata, por tanto, de una cuestión de punto de vista que, como nos muestra Woolf, lo cambia todo.

En *Tres guineas*, en suma, la escritora articula la idea de que una diferencia conforma un punto de vista distinto del hegemónico, que proporciona una orientación en el mundo y unos saberes otros: el punto de vista y los saberes de las *outsiders*. Evidencia, asimismo, que los dilemas aparentemente irresolubles desde la perspectiva dada, masculina-patriarcal, pueden resolverse si son enfocados desde el punto de vista de las *outsiders*.

La primera idea la reencontramos, al menos cuatro décadas después, en las epistemologías feministas anglosajonas tales como la teoría del punto de vista de Patricia Hill Collins, Nancy Hartsock, Evelyn Fox Keller o Sandra Harding (Adán, 2006) o el realismo pluralista de Miranda Fricker (2001) y en los planteamientos de las mujeres radicales de color en Estados Unidos (Anzaldúa y Moraga, 1981). La constitución de un punto de vista en función del doble carácter de exclusión e inclusión de las mujeres es una tesis sostenida por autoras como Patricia Hill Collins y Sandra Harding, quien se inspira en la primera. Hill Collins (1986), por ejemplo, acuña la noción “outsider within”. Sin embargo, Woolf no se halla entre las referencias explícitas de estas teóricas. Tales afinidades, no obstante, también han sido apreciadas por Carme Adán, aunque no desarrolladas, en su excelente estudio *Feminismo y conocimiento*, donde aparece Woolf en las citas que abren cada capítulo (Adán, 2006; Torras, 2004: 426).

⁵ Para las nociones de “política de la ajenidad” y “mirada de la extraña” que inspiran mi interpretación, relacionadas con la mencionada figura, véanse Muraro (2001) y Grau (2006).

Otras feministas, en cambio, retomaron el legado de Virginia Woolf para elaborar una política de la ajenidad y una epistemología relacional. Es el caso de Adrienne Rich y Luisa Muraro. Aunque la lectura de *Tres guineas* que Rich (2010) elabora a propósito de sus propias reflexiones es fructífera, ahora solo apuntaré, por razones de extensión, el planteamiento de Muraro. Con respecto a *Tres guineas*, Muraro sostiene que “el feminismo de la diferencia tiene su origen en este libro” (2005: 41). La filósofa italiana ha señalado que en el pensamiento de la diferencia sexual se halla “implícita una epistemología” alejada de la “epistemología de la objetivación” (Muraro, 2010: 89, 117) que ha caracterizado a la tradición filosófica occidental, y que describe en términos de relacionalidad.

Con otras palabras, en otro lenguaje, Woolf plantea y aborda estas preguntas, desarrolla la relación entre experiencia, poder, punto de vista y conocimiento. En ese recorrido cuestiona las fuentes de la autoridad y prácticas del saber a la vez que propone otras (autoridad llamada “simbólica” por las pensadoras italianas de la diferencia sexual y “epistémica” por las epistemólogas feministas anglosajonas). Tales cuestiones, como prueban los trabajos de unas y otras, siguen siendo, en buena medida, las nuestras.

Conclusión

He sostenido que la figura del puente constituye el punto de vista desde el cual Woolf construye la perspectiva de las *outsiders* y a partir del cual se sitúa, mira y juzga. He argumentado que Woolf elabora la idea de que una diferencia configura un punto de vista distinto del hegemónico y que esta proporciona tanto una orientación en el mundo como unos saberes otros: el punto de vista y los saberes de las *outsiders*. He analizado el puente como símbolo de la perspectiva de la diferencia y de la ajenidad y he interpretado la diferencia como el conjunto de experiencias que configuran la subjetividad de las mujeres a partir de su posición social desigual con respecto a los hombres de su pretendida *misma* clase. Asimismo, he estudiado cómo en estas experiencias la autora no ve solo exclusión y subordinación, sino que en ellas encuentra un punto de vista y una sabiduría distinta.

En relación con lo anterior, he mostrado que nuestra pensadora evidencia que los dilemas aparentemente irresolubles desde el punto de vista dado, masculino-patriarcal, pueden resolverse si son enfocados desde la perspectiva de las *outsiders*. En este sentido, he examinado el papel de las cuatro maestras en la configuración de la epistemología de las *outsiders*. Esta implica prácticas de autoridad y autorización que Woolf efectúa mediante el recurso a las biografías de las mujeres. Contar con las biografías de las mujeres y hacer que estas cuenten posibilita forjar una perspectiva otra tanto epistemológica como axiológica.

En suma, he explicado que Woolf en *Tres guineas* expone y desarrolla temas como la noción de punto de vista, la relación entre experiencia, poder, diferencia

y conocimiento, la ceguera del privilegio y las fuentes y prácticas de la autoridad del saber. Temas que reencontraremos décadas después en el feminismo contemporáneo. En mi interpretación, me he nutrido de los legados woolfianos reconocidos por el pensamiento italiano y catalán de la diferencia sexual. No obstante, en el transcurso de mi investigación, he observado afinidades poco exploradas entre el planteamiento de Woolf, las epistemologías feministas anglosajonas y las de las mujeres radicales de color en Estados Unidos. Las dimensiones simbólicas y epistemológicas de la figura del puente también aparecen en las escrituras de las feministas chicanas de la década de los ochenta, particularmente en la de Gloria Anzaldúa (1981, 1987), convergencias que ameritarían ser estudiadas.

Con respecto a las epistemólogas feministas anglosajonas, me ha llamado la atención la ausencia de referencias a Virginia Woolf, pese a las convergencias en temas y enfoques; no he dejado de preguntarme a qué podría deberse esta ausencia. ¿Quedó Virginia Woolf a la deriva en las “(des)conexiones (trans)atlánticas” entre el feminismo europeo y el estadounidense (Hernández, 2014)? Jane Marcus afirma que *Tres guineas* ejerció una importante influencia en los debates de la segunda ola del feminismo (según la periodización anglosajona). En su recorrido por la recepción estadounidense de la obra, no aparecen referencias a las epistemologías feministas, más tardías (Marcus, 2006: xxxvi, xlviii). ¿Tal vez la ausencia guarda relación con las distintas comprensiones de la diferencia en los dispares lenguajes filosóficos del feminismo? ¿O, quizás, esta ausencia apunta al modo en que se configuran las disciplinas académicas y, por ende, a aquello que es reconocido/reconocible o no como epistemología? Esta podría ser una fructífera línea de trabajo para futuras publicaciones.

Posiblemente necesitemos puentes: puentes que, como los de Virginia Woolf, nos permitan mirar, ver, juzgar y transitar entre mundos, lenguajes y disciplinas. Puentes para practicar el difícil arte del “saber ver” (Rampello, 2009: 204) en el que Woolf nos introduce magistralmente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adán, Carme (2006), *Feminismo y conocimiento*, A Coruña, Spiral Maior.
- Anzaldúa, Gloria (1987), *Borderlands/La frontera: The New Mestiza*, San Francisco, Aunt Lute.
- Anzaldúa, Gloria y Cherríe Moraga (1981), *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Watertown, Persephone Press.
- Banfield, Ann (2000), *The Phantom Table: Woolf, Fry, Russell and The Epistemology of Modernism*, Cambridge, Cambridge UP.

- Bea, Emilia y Encarnación Fernández Ruiz-Gálvez (coords.) (2017), *Cien años de discurso femenino sobre la guerra y la paz*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- Black, Naomi (2004), *Virginia Woolf as Feminist*, Nueva York, Cornell UP.
- Fricker, Miranda (2001), “El feminismo en la epistemología: Pluralismo sin postmodernismo”, *Feminismo y filosofía. Un compendio*, Miranda Fricker y Jennifer Hornsby (dirs.), Barcelona, Idea Books: 161-180.
- Grau, Elena (2006), “Virginia Woolf: la mirada de la estranya”, *Col·lecció Pensament per la Pau*, 3: 41-63.
- Hernández Piñero, Aránzazu (2014), “(Des)conexiones (trans)atlánticas: recepciones estadounidenses del feminismo italiano de la diferencia sexual”, *Daimon*, 63: 81-95. <<https://doi.org/10.6018/daimon/199721>>
- Hill Collins, Patricia (1986), “Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought”, *Social Problems*, 33 (6): 14-32.
- Irigaray, Luce (1985), *El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza. Otro modo de sentir*, Barcelona, LaSal.
- Maldonado Acevedo, Ana (2009), *Virginia Woolf y el ensayo modernista sobre Londres. The London Scene*, Huelva, Universidad de Huelva.
- Marcus, Jane (2006), “Introduction”, *Three Guineas*, Virginia Woolf, Nueva York, Harvest Book: xxxv-lxxii.
- Muraro, Luisa (2001), “Guerras que he visto”, *Guerras que yo he visto. Saberes de mujeres en la guerra*, Luisa Muraro et al., Madrid, Horas y HORAS: 39-46.
- (2005), “Feminismo y política de las mujeres”, *Duoda*, 28: 39-47.
- (2010), “La verdad de las mujeres”, *Duoda*, 38: 71-126.
- Rampello, Liliana (2009), *Virginia Woolf. La vida en la escritura*, Madrid, Narcea.
- Rich, Adrienne (2010), *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Madrid, Horas y HORAS. [1983]
- Ruiz Callejón, Encarna (2014), “Virginia Woolf: la política de los afectos de las ‘hijas de los hombres con educación’”, *Daimon*, 63: 27-44. <<https://doi.org/10.6018/daimon/199261>>
- Torras, Meri (2004), “*Feminismo e coñecemento. Da experiencia das mulleres ao ciborg*. Carme Adán. A Coruña, Espiral Maior, 2003”, *Lectora: revista de dones i textualitat*, 10: 425-427.
- Woolf, Virginia (1994), *La señora Dalloway*, Madrid, Cátedra. [1925]
- (1999), *Tres guineas*, Barcelona, Lumen. [1938]
- (2003), *Un cuarto propio*, Madrid, horas y HORAS. [1929]
- (2010), “Pensamientos de paz durante un ataque aéreo”, *La muerte de la polilla y otros escritos*, Madrid, Capitán Swing: 29-35. [1942]

—(2016), *Al faro*, Madrid, Cátedra. [1927]

Young, Iris (2000), *La justicia y la política de la diferencia*, Madrid, Cátedra. [1990]

